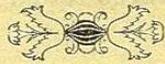


Y á los viageros mortales  
Que arrastran sobre la tierra  
Llenos de pena y zozobras  
Su miserable existencia:

Desde el lugar sublimado  
Que de Dios mismo á la diestra  
Ocupa, amante ronrie,  
De futura paz emblema.

Y nuestras tiernas plegarias,  
Y nuestras amargas quejas,  
Por ella son recibidas  
Y presentadas por ella.



### MARIA ESPERANTE.

#### IV.

De ardiente amor y fé pura  
Emanacion altécida,  
Como los ángeles bella,  
Como los cielos divina:

Virtud que el Omnipotente  
Creó con una sonrisa  
Cuando sobre tantos mundos  
Sopló el fuego de la vida:

¡Alma Esperanza! del hombre  
Leal y constante amiga,  
Que de la cuna al sepulcro  
Su oscura noche iluminas;

Poder que cuando las otras  
Fuerzas del alma se humillan,  
Ante el crudísimo embate  
Del dolor y la desdicha;

Alza la cándida frente  
Que entonces fúlgida brilla,  
Y al cansado caminante  
Sostiene á un tiempo y le guía.

Tal de las roncadas tormentas  
En medio á las crudas iras,  
El flaco arbusto se salva  
Cuando rota cae la encina.

Empero, hasta que del mundo  
Pisó la cárcel maldita,  
Aquella Virgen escelsa  
Dó el Sumo Ser se reclina:

No fué tu amorosa lumbre  
Sino vacilante chispa,  
Que al acaso entre tinieblas  
Brillaba y desaparecía.

Mas al posarte en el alma  
De la muger elegida  
Á ser de la fé del cielo  
Primera sacerdotisa;

Al complemento llegaste  
De tu esencia enaltecida,  
Que ella de tí fué en la tierra  
Encarnacion peregrina.

Como tú, vírgen y pura,  
Casta como tú y sumisa,  
Como tú hermosa y modesta,  
Fuerte como tú y benigna.

Y como aquella columna  
Que allá en la arena intranquila  
Del desierto, iluminaba  
Á la nacion escogida;

Que opaca en las claras horas  
Del sol, en la noche umbría  
Inmensa faja de fuego  
La marcha trazaba escrita:

Así tú al mísero humano,  
Fanal perenne, encaminas,  
Al través de este desierto  
Borrascoso de la vida;

Mas nunca desde la aurora  
Primera que purpurina  
Anunció el vasto universo  
Del primer sol la venida,

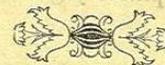
Animara humano pecho  
Tu llama plácida y viva  
Con fulgor tan generoso,  
Como el pecho de MARIA!

Que nunca hubo criatura  
Á quien fueran prometidas,  
Al través de tantos males,  
Venturas tan inauditas.

Flaca muger, engendada  
De carne mortal, que un dia  
Debe ser madre dichosa  
De un Dios; pudibunda inclina

La frente, y á los dolores  
Inmensos, como á las dichas  
Que el mismo Dios le promete,  
Valerosa se resigna.

Y esperando el cumplimiento  
De las promesas divinas,  
En su puro amor se anega  
Y en su firme fé confia.



## MARIA DOLIENTE.

## V.

¡Dolor, dolor!—Férreo yugo  
Que la mano poderosa  
De Dios, impuso en la tierra  
Contra amor, placer y gloria:

Poder de cuya ecsistencia  
Lució la primer aurora,  
Con el delito primero  
Que registran las historias.

Aquella primera falta  
Que en la mansion deleitosa  
Del perdido Eden, la madre  
De la gente humana toda,

A instigacion cometiera  
De la serpiente engañosa,  
Cuya implacable malicia  
Aún nos atormenta ahora.

Crisol donde se aquilatan,  
Se depuran y valoran  
Las mas inclitas virtudes  
Que el humano pecho adornan:

De la fé sublime escuela,  
Contienda de amor heróica,  
Dó en proporcion del peligro  
Mas ilustre es la victoria:

Palenque dó la esperanza  
Se ejercita y desarrolla,  
Pues sin tu embate es inútil  
Su fuerza reparadora:

Contrapeso inevitable  
Que á domar nuestra orgullosa  
Naturaleza, dispuso  
La voluntad creadora;

Poder en fin, cuya fuerza  
Á tanto en la vida monta,  
Que sin estar adunadas  
Las tres virtudes gloriosas

Que son en el universo  
Imágen deslumbradora  
De la Trinidad suprema  
Que el mar y los vientos doma;

A sus tremendos embates  
Debilitadas y rotas,  
Sucumbieran una á una  
Cediéndole la corona.

Tú de Miriam en el alma  
Hiciste heridas tan hondas;  
Tales torrentes vertiste  
De envenenada ponzoña

En el purísimo seno  
De aquella casta paloma,  
Que entre Dios y los humanos  
Fué divina intercesora;

Que sin la fuerza invencible  
De la llama generosa  
De eterno amor y fé pura  
Y esperanza animadora,

Que en su pecho inmenso ardia,  
Trina, incontrastable antorcha;  
Vencida acaso, doblara  
Su frente á tales congojas.

Desde el instante supremo  
En que de la etérea bóveda  
Partió el paraninfo, nuncio  
De la nueva portentosa

De la redencion del mundo:  
¡Cuántos sustos y zozobras,  
Cuántos agudos pesares  
Desgarraron su alma heróica!

Madre pierde al hijo caro,  
Huérfana á su padre llora,  
Y viuda desolada  
Es ya la que fuera esposa.

Y estas penas que al humano  
Tan crudamente acongojan,  
Cuando en el mar de la vida  
Vienen distantes y solas:

Juntas, terribles, sañudas,  
En el corazon se agolpan  
De Miriam, y lo desgarran  
Con ansia devoradora;

—Mas en la ruda palestra  
Triunfa la escelsa matrona,  
Y el negro báratro gime  
Confesando su derrota.

## VI.

Así Miriam fué en la tierra,  
Que desde la enorme culpa  
De nuestra primera madre  
Yacia en noche profunda:

La llama de amor sublime,  
De la fé lumbrera augusta,  
Y de la blanda esperanza  
Antorcha serena y pura.

En ella el Omnipotente  
De las humanas angustias  
Apiadado al fin, enviónos  
Consuelo y paz y ventura,

Y en vano allá del Averno  
Aquella ominiosa turba  
De arcángeles maldecidos  
Que bajo el pendon se aduna

Del feroz Luzbel, en saña  
Ardiendo implacable, ahulla,  
Exhalando en gritos roncocos  
Su torpe, impotente furia.

Y en vano, sobre la tierra  
Generaciones ilusas,  
Del negro error defensoras  
Contra la alma verdad pugnan,

Que como el sol en el cielo  
Con fulgor mas vivo alumbra  
De una deshecha borrasca  
Tras la espantosa pavura:

Tal del torvo paganismo  
Tras la impenetrable bruma,  
Lució el sol del Evangelio  
Con luz perenne y fecunda.

Mas al ver su disco claro  
Brillar en la eterna altura,  
Los númenes del Erebo  
De nuevo á nefanda lucha

Se preparan, ostentando  
La temeraria bravura  
Del que en el mortal combate  
Su sola esperanza funda.

Mas con la primer derrota  
Que en la lid primera injusta  
Sufrió su rebelde brio  
Contra la potencia suma:

En conciliábulo torpe  
La inmensa falange impura,  
Á despecho de su audacia  
Con mil temores fluctúa.

Mas no puede en tantos ódios  
 Vencer la pérfida astucia,  
 Y ya al hirviente corage  
 La sed de venganza triunfa.

Que en la cruz que allá del Gólgota  
 Domina en la negra altura,  
 Ven los ángeles perversos  
 De sus altares la tumba.

Como acorralada fiera  
 Que ve imposible la fuga,  
 Y á perros y cazadores  
 Se revuelve furibunda:

Así Luzbel maldecido,  
 Á quien su rencor abruma,  
 Prepara el último alarde  
 De su pujanza consunta.

Y el labio cárdeno, tinto  
 De sanguinolenta espuma,  
 Á la árdua lid se abalanza  
 Con desesperada furia.

Al grito feroz de guerra  
 El bátrato se conturba,  
 Y las maldecidas haces  
 Se desparraman confusas

Sobre la tierra: de Cristo  
 Los soldados fuertes luchan:  
 Corre á torrentes la sangre  
 En montañas y llanuras;

—Pero Miriam los acorre  
 Desde el cielo en la árdua pugna,  
 Y esplendorosa y triunfante  
 Sale la fé con su ayuda!

